

Política con MAYÚSCULA

Resulta curioso que la política suscite reacciones tan negativas y el mismo término acabe siendo malsonante. Es conocida la expresión: “la política es sucia”. Así calificada, pareciera que sólo los pícaros se meten a resolver los asuntos públicos, para provecho de grupos de gente “lista”. La gente honrada no mete las manos en asuntos tan bajos.

Quizás haya algo de razón en esta consideración tan pesimista. Maquiavelo fue el maestro en prescindir de la honestidad en el fuero de lo político. Los multiplicados escándalos políticos en todos los rincones del mundo confirman este pesimismo generalizado.

Pero la política nació noble. Aristóteles le dio el rango de virtud. Se trata ni más ni menos de que los ciudadanos de mayor solvencia moral se ocupen de organizar del mejor modo posible la “polis”, la comunidad humana, para que la convivencia sea decente y provechosa para todos.

Somos animales sociales. Es parte de nuestra estructura genética vivir en sociedad. No podemos prescindir de ésta, so pena de desintegrarnos mental y emocionalmente. Desintegración que, en mayor o menor grado, se da cuando nos toca vivir insertos en una sociedad reuelta.

Dejar el mundo a los políticos es peligroso. La tarea de diseñar el tipo de comunidad y traducirlo a convivencia sana es responsabilidad de todos. De este deber político no se puede evadir nadie. La

Nuestro tiempo parece favorecer la tendencia a vivir la propia fe en dimensión intimista, desligada de la realidad social, como una experiencia gratificante que nos hace olvidar los trajines y asperezas de la vida real.



peor opción es pretender abstenerse de la política. Sería una opción irresponsable, porque se dejaría el campo a los aprovechados y egoístas.

Los discípulos de Jesús se organizaron en comunidad, la iglesia. Es imposible soñar con una vivencia de fe cristiana de corte individualista. Además, la comunidad cristiana está pensada como un fermento positivo en la gran comunidad humana.

El cristiano, lejos de evadir el mundo, está impulsado por su misma fe a construir “un cielo nuevo y una tierra nueva”, a humanizar esta situación dura y llena de aristas en la que vivimos. Nuestra utopía cristiana se ensaya desde ahora, con ensayos provisorios pero tenaces, para darle un rostro más humano a nuestro entorno social.

Peor todavía es el intento de los cristianos que pretenden vivir su fe divorciada de la vida concreta. Es decir, fervientes cristianos en la asamblea de los fieles, y conductas reprochables en la batalla diaria.

Los salesianos somos políticos por vocación. Tomamos conciencia de la realidad dolorosa, sobre todo juvenil, que nos envuelve. Pero, como Don Bosco, en vez de echarnos a llorar o mirar para otro lado, nos arremangamos la camisa y buscamos soluciones prácticas para que millares de jóvenes tengan un futuro más humano. Lo cual es política de la mejor especie.

Heriberto Herrera
hherrera@telesal.net